

proporcionar todas las riquezas del mundo (1). No todos los milenarios participaban de estas ideas materiales, pero la mayor parte creían en ellas firmemente (2).

Los Padres de la Iglesia acabaron por rechazar el milenarismo. Sin embargo, en el siglo IV este error era todavía común. Jerónimo, que no participaba de él, no se atrevía á condenarle, en razón del gran número de autores eclesiásticos y de mártires que lo profesaban (3). Agustín confiesa que ha creído en un reino espiritual de Jesucristo, pero rechaza disgustado el materialismo de los milenarios (4). Una circunstancia fortuita contribuyó á desacreditar el milenarismo en la Iglesia, y es que las sectas se apoderaron de él: desde entónces la creencia en un reinado de mil años fué condenada como herética (5). Sin embargo, los sueños de los milenarios no perdieron nunca por completo su crédito. ¿Quién lo creería? ¡Todavía hay milenarios en el siglo XIX! En 1843 se publicó en Lóndres una *Defensa del Milenarismo* (6). El fondo de estos sueños sigue siendo el *Apocalipsis*. En 1843, lo mismo que hace dos mil años, se anunció que se acercaba el fin del mundo, puesto que había ya llegado el Antecristo. Hace siglos, en efecto, que ha llegado, porque para el escritor inglés el Antecristo es el Papa. En 1858 un doctor alemán, fundándose en las Sagradas Escrituras, predijo la próxima realización del reinado de mil años de Jesucristo sobre esta tierra: Jerusalén será la capital, y los Judíos convertidos volverán á adquirir su antigua dignidad de pueblo elegido (7).

(1) ORIGEN., *De Princ.*, XI, 2.

(2) EUSEB., *Hist. Eccl.*, VII, 24.

(3) HIERONYM., *in Isai.*, lib. XVIII (t. III, p. 478); *in Ezechiel.*, XV, 38 (t. III, p. 965).

(4) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, XX, 7.

(5) NEANDER., *Geschichte der christlichen Religion*, I, 2, p. 1124.

(6) *An Apology for Millenarianism*, by JOHN GRIFFITH MANSFORD.

(7) RIEMANN., *Die Lehre der heiligen Schriften vom tausendjährigen Reiche*. 1858.

§ II.—Apreciación.

En vista de los detalles de que acabamos de ocuparnos, debe admitirse como cierto el hecho de la creencia en el próximo fin del mundo, y en la realización del reino de Dios sobre esta tierra. Es también cierto que Jesucristo y sus apóstoles, así como todos los Padres de la Iglesia, estaban imbuidos en estas esperanzas. En fin, es sobradamente evidente que la cristiandad ha sido durante muchos siglos juguete de una ilusión parecida casi á un sueño. Sin embargo, esta creencia constituye, en cierto modo, el fondo del cristianismo primitivo; desempeña un papel tan considerable en el establecimiento y propagación de la religión cristiana, ha ejercido una influencia tan decisiva sobre el dogma y sobre la concepción de la vida, que necesitamos detenernos aún en ella para considerar sus efectos.

Escuchemos á un predicador del siglo V. San Eukerio, arzobispo de Lyon, escribió un tratado acerca del *Desprecio del mundo*. Después de haber demostrado que las riquezas y los honores no tienen nada que deba interesarnos, hace ver que el mundo mismo no es apetecible porque se acerca su fin: «¿Qué hablamos de las riquezas perecederas de este mundo cuando el mundo mismo se acerca á su fin? ¿Podemos tomar interés por una vida que va á extinguirse? La tierra sucumbe bajo el peso de sus años. Así como los ancianos padecen mil achaques, así vemos que abundan en el mundo las miserias, el hambre, la peste, las guerras, las devastaciones, los terrores. Véanse los signos que aparecen en el cielo, los temblores de tierra, el trastorno de las estaciones, las monstruosidades: todos estos prodigios anuncian el desfallecimiento de los tiempos. El apóstol creía ya en el próximo fin del mundo. ¿Qué esperamos, pues? ¿Por qué dudamos? El último día, no solamente de nuestra vida, sino del universo, ha llegado.... ¡Mirables de nosotros! ¡El peligro de nuestra muerte no basta para

infundirnos terror; es preciso que vaya acompañada de la muerte del mundo!» (1).

Hemos hallado los mismos pensamientos y el mismo lenguaje en San Crisóstomo y en San Efremito, y podríamos multiplicar este género de citas. Estas vivas exhortaciones á la penitencia por la proximidad de la consumacion de los tiempos nos revelan el lazo íntimo que existe entre el establecimiento del cristianismo y la creencia en el fin del mundo. El gobierno de la Providencia aparece en nuestros errores lo mismo que en nuestras aspiraciones hácia lo verdadero, en el sentido de que sabe sacar del mal el bien. Jesucristo se engañaba al anunciar la proximidad del reino de Dios; bajo su elevada autoridad se han engañado millones de cristianos, pero se han engañado con ventaja propia. Es difícil darse cuenta de las dificultades inmensas que encuentra el establecimiento de una religion nueva. Trasformar á los hombres es de todas las obras humanas la más grande, la más extraordinaria; para llevarla á cabo se necesitan medios igualmente extraordinarios. La opinion de que se acercaba el fin del mundo sirvió para romper los vínculos que unian á los paganos con las antiguas creencias; los dispuso para recibir una doctrina que les daba ideas sobre la vida futura, y para abrazar una vida que les prometía la entrada en el reino de Dios (2). Hay más; los apóstoles mismos, como lo hace observar un escritor cuya autoridad no es sospechosa, debieron la energía de su fe á la creencia de que el advenimiento del reino se acercaba (3). ¿Y quién sabe si esta misma convicción inspiró á Cristo y le sostuvo en su ruda y dolorosa vida?

El milenarismo mismo, que hoy nos parece tan ridículo, no careció de influencia sobre los progresos de la religion cristiana. Para los hombres materiales de la antigüedad, la certidumbre de una recompensa inmediata sobre esta tierra era un atractivo mucho más poderoso que la esperanza de la felicidad futura en otra vida. Los sueños de los milenarios tienen además un interes ma-

(1) *Biblioth. Max. Patrum*, t. VI, p. 361, C. D.

(2) Esta es la idea de GROTIUS, de GIBBON y de HERDER.

(3) REUSS, *Historia de la teología cristiana*, t. I, p. 423.

yor para el historiador filósofo. Lo que constituye hoy la fuerza del órden moral é intelectual es la convicción de un progreso continuo que se realiza bajo la mano de Dios. Esta idea, de que carecía la antigüedad, empieza á germinar con el cristianismo; se traduce vagamente en las concepciones de los milenarios. Lactancio dice que es la edad de oro del paganismo, trasladada al porvenir. El cambio es inmenso. En el fondo es la atrevida frase de Saint-Simon, que la edad de oro está delante de nosotros y no detras de nosotros. Prescindamos de lo que el milenarismo tiene de milagroso y de absurdo; siempre queda la convicción, la esperanza de un destino mejor para el género humano. Como los hombres no concebían que esta trasformacion pudiera realizarse progresivamente, hicieron intervenir á Dios. La mejora se realizará; podemos sin inconveniente llamar á este porvenir el reino de Dios, porque los hombres serán uno en Dios, porque la humanidad será una sociedad animada del espíritu divino. Añádase que para nosotros este porvenir no es más que un ideal, que se realizará en las condiciones actuales de la humanidad, y por consiguiente de una manera sucesiva é imperfecta (1).

Aun en sus mayores aberraciones el milenarismo tenía un instinto verdadero de los destinos de la humanidad. Los milenarios no creían en un reinado puramente espiritual de Jesucristo; soñaban con placeres materiales, con una trasformacion de la tierra y con la entera sumision de la naturaleza al hombre. Esta concepcion es más bien judía que cristiana; esta parte del milenarismo fué causa de que los Padres de la Iglesia lo rechazáran (2). Si quitamos de la idea de los milenarios las exageraciones que la hacen ridícula, descubriremos su parte verdadera. Si, el reino de Dios que esperamos, no será exclusivamente espiritual, porque el hombre no es un espíritu puro; la existencia material se per-

(1) KANT, *Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft* (Obras, t. VI, p. 312, 313).

(2) JERONIMO llama con frecuencia á la opinion de los milenaristas un dogma, una tradicion, una fábula judaica, y á los cristianos que la siguen, cristianos judaizantes (HIERON., *in Isai.*, XV, 54 (t. III, p. 391); IV, 11, p. 101; V, 23, p. 146).—C. ORIGEN., *de Princ.*, XI, 2.

feccionará, no como fin de nuestra vida, sino como medio de desarrollar nuestras facultades morales é intelectuales.

Hé aquí un punto de vista verdadero que los primeros cristianos no conocían. Nos acercamos á la idea que se formaban de la existencia terrestre. Si la preocupacion del fin del mundo ha favorecido el establecimiento y propagacion del cristianismo, en cambio ha contribuido á inclinar á los cristianos á un espiritualismo excesivo. Unos hombres convencidos de que se acercaba el fin del mundo no podían tomarse gran interes por esta vida; eran, como dice Crisóstomo, culpables que de un momento á otro van á comparecer ante su juez. ¿Qué cosa mejor podían hacer que abandonar un mundo que iba á perecer y prepararse en la soledad para un mundo mejor? De aquí esa falsa concepcion de la vida que considera el monacato como el ideal de la perfeccion evangélica; de aquí esa falsa concepcion de las relaciones de los hombres con el Estado, en el cual los cristianos se creen extranjeros, puesto que su patria no está en esta tierra sino en el cielo. Falseadas las nociones de la vida y de la sociedad, quedaban desatendidos los más grandes intereses de los hombres y de los pueblos. Creemos que el espiritualismo cristiano ha tenido una elevada mision hasta en sus excesos. Pero esta mision era pasajera; el error de la Iglesia ha consistido en inmovilizar ideas y sentimientos que habían nacido en circunstancias excepcionales y transitorias.

CAPÍTULO II.

EL ESPIRITUALISMO CRISTIANO.—CONCEPCION DE LA VIDA.

El cristianismo se forma de la vida una idea completamente diferente de la que dominaba en la antigüedad. Los antiguos se cuidaban poco de la vida futura, y se fijaban completamente en la existencia terrestre; no solamente veían en el hombre el ciudadano de la tierra, sino que lo encerraban en una patria, en una estrecha ciudad, fuera de la cual era extranjero, enemigo. Pero llega el apóstol de los gentiles y proclama que los discípulos de Jesucristo son «extranjeros y viajeros en esta tierra.» Él mismo se declara *muerto para el mundo*: «los soldados de Cristo no se cuidan de las cosas de este bajo mundo; viven como si habitáran en los cielos» (1).

Hay un abismo entre la concepcion de los cristianos y la de los Griegos y Romanos. El paganismo era una religion de este mundo, al paso que el cristianismo es una religion del otro mundo. En ambas doctrinas hay exceso y aberracion. A fuerza de unir al hombre á la tierra, el paganismo le hizo olvidar la vida infinita, de la que nuestra existencia terrestre no es más que un eslabon. De aquí al materialismo la pendiente era fácil, y la historia nos dice que, si la sociedad antigua pereció, fué en parte, al ménos, por haberse entregado completamente á los goces de la materia. El espiritualismo cristiano fué una reaccion violenta contra aquel desbordamiento de corrupcion. Entendemos por espiritualismo,

BLO, Hebreos, XI, 13; Galat., VI, 14; II Timoth., II, 4; Philippp., III, 20.